

hijos de la condesa, por el instinto que tienen las criaturas para secundar á su madre, agradecían poco las caricias y los servicios de la hermana paterna, desviándose de su lado; por más que procuraba con el mayor afán atraerlos y conseguir su familiaridad.

De tal sorda desventura nada sabía el conde Octavio, ó á lo ménos no adivinaba su profundidad, porque no surgían escándalos ni graves perturbaciones. Julia, para no contristarle, no se quejaba con él, ni se daba por entendida de los mil pinchazos que teníanla de continuo en el potro; para la mayor paz de la familia, ponía el semblante alegre, sobre todo en presencia de su padre. El intento principal de la madrastra (que no era ruin en el fondo) tendía indudablemente á quitarse á Julia de su lado y á enviarla lejos con su dote y sus consejos, á fin de conquistar el dominio completo en su casa, y atraer sobre sus propios hijos el afecto del conde. El hecho parecía sin duda honroso para ella, y la gente celebraba su afán de casar á su hijastra, cosa por cierto no difícil. Además de tener Julia no pocas virtudes y gracias, hacía traslucir su madrastra á los pretendientes del brillo de ciento cincuenta mil

liras de dote, heredadas de su madre, y dos veces más que le prometía el conde, su padre. El partido para Julia se halló, pues, por decirlo así, en el umbral de la puerta de su casa, no bien se fué á buscar.

—¡Caí! ¡caí! exclamaba la joven al indicar este punto doloroso de su historia; caí: era inexperta, y no sabía imaginar que un joven bueno, según las trazas, pudiese tener una cosa en los labios y otra en el corazón. Todo esto sucedió después de vuestra salida de Nápoles, y fué sin duda el origen de nuestras desventuras.

—¿Pero tú le dabas tu corazón de veras?

—Comenzaba ciertamente á dárselo. El joven era del gusto de mi padre; en cuanto á mi madrastra, no veía luz sino por sus ojos, asediándome con elogios, con promesas y con excitaciones, á fin de que admitiera el partido. Os diré, sin embargo, que me parecía tener un presentimiento de que no sería mío, ni yo suya: una especie de cortina ó de velo parecía que me alejaba de su persona, no pudiendo, en su virtud, acostumbrarme á la idea de ser feliz llevando su nombre Ya siento a veces la tentación de creer en los presentimientos.

—Hazlo: créelos cuando prometen felicidad.

—¡Son tan raros! el más triste de todos se ha realizado.

Quizá os acordais vos también. Recuerdo que una vez recorriamos juntas en vuestro magnífico carruaje la ribera de Chiaia y la calle de Pozzuoli: un viento dulce de primavera nos soplabá en el semblante, haciendo las pequeñas el más vivo y delicioso ruido que puede gozar el ojo de una madre: parecían dos pajaritos batiendo las alas en su nido. Os consumía, ya contemplando á la una, ya poniendo la mano en los bucles de la otra, ya presagiando su futura felicidad. De repente os dirigisteis á mí, me circundásteis con un brazo, y me dijisteis estas precisas palabras: "Tú eres hermosa también, pero con hermosura distinta de la inglesa; tú eres buena también, pero con bondad que no es la nuestra; tú sabes realizar el milagro de ser católica y sin embargo excelente. Serás feliz como éstas, te lo profetizo; no puede hacer desgraciada Dios á una criatura tan gentil." Conservo todavía estas frases en los oídos y en el corazón. ¡Tau vivo me pareció el afecto que os hacía vislumbrar en mí un presente y un porvenir tan lison-

jero! Mas recuerdo también que yo entonces me abandoné, no sin echar á la espalda la cabeza, como se confía una joven á su madre; y respondí: "No, mistress Ana, no seré feliz: mi familia tiene un pecado muy grande que purgar y sufriré yo la pena." Y lloré: tenía razón para ello. El justo castigo de Dios nos ha llegado; la culpa llama la pena, como el abismo invoca el abismo. Teníamos en casa bienes eclesiásticos.

—¿Qué quiere decir bienes eclesiásticos?

—Las tierras y fincas que pertenecieron á las órdenes religiosas y á las colegiadas, de que se apoderó el gobierno bajo el dominio francés.

—Ciertamente no los habrías robado, sino adquirido según la ley del país.

—Es más, dijo Julia; mi papre los había comprado á los compradores de los compradores. Mas un anciano, amigo de casa, repetía con frecuencia: "Mira Octavio, lo que haces: los bienes de la Iglesia son fuego que consume los patrimonios: el saneamiento del Papa libra la conciencia del pecado, mas no contiene siempre la justicia de Dios del castigo temporal." No fué atendido: nuestro caso es un ejemplo más, agregado á millones de ejemplos. Creo

ciertamente que de aquí provino nuestra ruina.

—Presagios sin fundamento, hermosa mía, presagios sin fundamento. Me decías poco antes que nació el mal de aquel joven. . . .

—Sí: aquella fué la ocasión. He aquí cómo: Mi madrastra (puedo decíroslo á vos) no podía estar tranquila mientras no me arrojase de casa: apremió en su virtud á mi padre para que ultimase los negociaciones. El se oponía, porque aun no estaba en disposición de dar las cien mil liras que prometiera. Tenía precisión de retirar los fondos del exterior, donde producían mucho; pero había decaído notablemente su valor nominal y el precio á que se habían comprado. Mi padre se dolía vacilaba y no sabía resolverse á sufrir tanta pérdida, esperando siempre pronto el alza. Propuso á la familia que me demandaba que aceptase aquellos títulos, no al precio de la plaza, sino según su coste. No se admitió la proposición, y en virtud de las instancias continuas de mi madre se resolvió á retirar todos sus títulos de empréstitos extranjeros, con pérdida no leve. Era un disgusto, pero no un desastre. El desastre comenzó cuando mi padre quiso imponer aquel gran

caudal en los bancos de Nápoles, que metían entónces mucho ruido. ¿Habeis oído hablar nunca de los bancos usurarios de Nápoles?

—Yo no, dijo mistress Needle.

—En pocas palabras: eran ocho ó diez cuadrillas de ladrones que habíanse arrojado sobre la ciudad, este año cabalmente, para establecerles, ofreciendo á porfía el doce ó el diez y seis por ciento al mes.

—¿Es posible?

—Creo que pasaban adelante. El hecho fué que alrededor de dichos establecimientos se agitaba una multitud de bribones de segunda mano, de trujamanes, de extrangu-ladores, de pícaros, de fulleros, en suma, toda la gente de presidio con guantes amarillos: afanábanse por cazar á los tordos en las redes. Estaban éstas alrededor y los reclamamos sobre las malezas, faltando solo cerrar la malla cuando los pájaros hubiesen poblado los arbustos.

—¿Pero es posible, dijo la protestante, que otros se dejen coger en esta red de que se librarían los niños?

—¡Y cuántos! El que no caía engañado por los ruines, se dejaba perturbar la cabeza por la sencillez de los hombres de bien. Porque debeis saber que algunos

hombres casi viejos, de dulce cháchara, habían entrado desgraciadamente en la trama indigna. Eran puestos en lo alto por los ladrones, y se desgañitaban revelando los motivos y arcanos de aquellas operaciones maravillosas; decían que los bancos negociaban por cuenta de algunas sociedades extranjeras, y que invertían las sumas inmensas recaudadas en Nápoles, en sedas de la China, con ganancias fabulosas; de aquí los intereses crecidísimos que pagaban los establecimientos. Otros pretendían que detrás de las operaciones se hallaba el gobierno de Italia, necesitado de millones súbitamente y á cualquier costa. De lo cual, los buenos tontos inferían que las usuras exorbitantes que les tocabanse podían meter en el bolsillo con absoluta conciencia, á título de restitución. En suma, fué una multitud de mentiras, rodeos, bribonerías y debilidades agrupadas, por las que buenos y malos cayeron en el garlito. Mi padre no acudió pronto, y fué peor, porque á lo menos los primeros cobraron algunas mesadas, reembolsándose con ellas del veinticinco ó del treinta por ciento del capital. Mas nosotros, por ser de los últimos, llegamos apenas á tiempo para quedar en la jaula. Yo que de aquellas cosas entendía

tanto como de árabe, oía el estruendo, la confusión y la fiebre con que la gente iba frenética á los bancos; tuve deseos de ver con la claridad posible, tratándose de una muchacha. Ignoro lo que comprendí; pero me dijo el corazón que allí había un abismo, pidiendo en su virtud y conjurando á mi padre para que no echase nuestro caudal en aquella ladronera. Todo fué inútil. Mi madre se dirigía contra mí como una víbora, é instaba con furor á mi padre, á fin de que no hiciese caso de una niña que aun tenía la leche en los labios; añadía que mirase más bien á tantos hombres expertos en colocar su dinero, que obtenían de los bancos hermosas monedas de oro, tan lisas, que no presentaban una sóla arruga. En una palabra, hizo un monte con todos los valores que pudo liquidar, y los arrojó en el báratro. Dos semanas después lo ví una mañana inquieto, de mal humor, consternado. “¿Qué teneis padre mío?” le dije. Me contestó: “El banco Rabbi vacila; sería nuestra ruina.” A la mañana siguiente había en el establecimiento un tropel de acreedores y un tumulto indescribible: mi padre se hallaba entre la multitud oprimido, mandado de Herodes á Pilatos, y sumido en la desesperación. Las

portezuelas no se habrían. Llegó, por fin, la fuerza pública con orden del cuestor; abrió; no había ni una persona en las oficinas, ni la sombra de un ochavo en las cajas. Figuraos cómo volvió á casa mi padre. ¡Qué días aquellos! Entre tanto llegaban las noticias de bancos semejantes, que uno tras otro crujían, abismando las fortunas de innumerables interesados. Grandes señores y familias enteras, ayer poderosas, se veían en la calle; comerciantes de gran pulso habían perdido allí los capitales de sus negocios; pobres viudas, muchachas solteras y huérfanos quedaban reducidos á la condición de mendigos; obreros, servidores, gente menuda innumerable se lamentaban privados de sus ahorros, y de toda esperanza. Herían los ayes las estrellas: muchos perdieron la razón, y algunos la vida: jamás hubo en Nápoles tantos infortunios. Nosotros habíamos caído muy abajo, pero no en el fondo; nos quedaba un palacio en la ciudad y posesiones en la provincia. Mi padre, loco por la desgracia, quiso luchar contra la fortuna; jugó á la bolsa, y naturalmente al descubierto, aprovechándose del crédito que gozaba. Dos liquidaciones le fueron favorables: animado, lo puso todo en la tercera; fué una ca-

tástrofe. Temí para él un golpe de apoplejía: ¡tan fuera de su estado me pareció en aquellos días!

Callábamos, como heridos por el rayo. Al fin recordó que era cristiano y caballero, é hizo la razón su papel: si no podía poner en salvo su caudal, podía poner en salvo su conciencia y su honor. Un comerciante de máquinas de labor (en gran escala, se comprende), hábale meses atrás propuesto comprar el palacio, cosa que había siempre rechazado. Mi padre fué á verle, y volvió á entablar el trato. Aquel hombre de bien no quiso aprovecharse de nuestras necesidades extremas, y mantuvo sus ofertas de antes. Se ultimó el asunto en una hora, otorgándose al día siguiente la escritura de venta. Así se sustrajo mi padre á la ignominia de una quiebra. Por la noche me llamó aparte, y me dijo: “Julia, yo y la familia quedamos en la mendicidad (ya lo sabía): has salvado tú sola gran parte de tu dote. Y es justo: á seguir tus inspiraciones, seríamos todavía los condes de los Laureles. Tu madre ha sido castigada con fundamento, y con ella yo: he sido débil é imprudente. Ahora todos estamos á tu merced. Oye y comprende bien de qué se trata. Aquellos cuatro mil du-

cados que por tu cuenta manejaba tu tío (era el curador que me dieron cuando mi padre pasó á segundas nupcias) se han hundido en el naufragio.—Padre mío, dije, lo sabía: hice ya la gran cruz, y mi sacrificio está bien hecho: pensad sólo en la familia.” Continuó: “Tu tío, cual nosotros, y sobre mi palabra, arriesgó el capital en el banco Rabbi: en llegando á la mayor edad podrías pedir el dinero, mas no sería justo, porque no tiene la menor culpa en la desgracia, fuera de la de haber locamente intentado aumentar tu dote, lo mismo que nosotros nuestras entradas. El mejor partido para tí será aprobar las cuentas cuando le sea posible rendirlas. Si puede reintegrarte de tu pérdida, lo hará espontáneamente, por ser honrado y estimarte mucho. Constreñirle á restituir incontinenti por haber de casarte, sería una crueldad y llevarlo al extremo de la desesperación... ¿Tendrías valor para diferir todo designio de casamiento hasta la mayor edad?—Padre mío, respóndile, si esto ha de contribuir al bien de la familia, pronta estoy á todo.” Me replicó: “Será útil, sí, para ella y utilísimos para todos: mientras estás en nuestra compañía, la familia puede vivir en tu casa de recreo de la Sandía, y gozar la

entrada de las verduras, de las hortalizas y de las flores: ¿te parece poco? Estamos en tal situación, que cada poco es mucho. Cuando queda uno reducido á menos de mil liras anuales, un techo y cuatro berzas alrededor, sin pagar alquiler de casa, es cuestión de vida ó de muerte.” Respondí súbitamente: “¿Por qué dudais?” soy afortunada si estas cosas de mi madre pueden ser tan oportunas en los infortunios que padecemos; sólo es preciso estudiar un modo conveniente para despedirle presto á él: ya sabeis que nunca he sentido una pasión verdadera. . . .” Mi padre: “¡Ah, pobre niña! exclamó abrazándome, no sabes tú que ya no piensa él en tí!” Entonces se puso á contarme una historia. . . .; una historia! mistress Ana; yo sudo, yo tiemblo, yo muero al contarla. . . . (Julia cubríase la cara, dejaba caer la cabeza y perdía el sentido.) Permittedme respirar un poco. . . desfallezco.